

Cuba (1959-1999)

Casiano Floristán*

INVITADO por el obispo de la diócesis de Holguín, pasé cuatro semanas en Cuba, en febrero de 1999, para impartir temas de eclesiología y teología pastoral a laicos, religiosas, religiosos y sacerdotes diocesanos. En los fines de semana visité la Habana, Santiago de Cuba y el Santuario de la Virgen de la Caridad o del Cobre. Antes de emprender el viaje consulté publicaciones de Moreno Fragnals, Martínez Heredia, Vázquez Montalbán, Giulio Giradi, Carlos Manuel de Céspedes, Norberto Fuentes, etc., así como diversos textos de los obispos cubanos («La voz de la Iglesia en Cuba») y mensajes y avatares de la visita a la isla de Juan Pablo II. Cierro mi crónica en el momento de la visita del Rey Juan Carlos y del presidente Aznar a Cuba con ocasión de la IX Cumbre Iberoamericana.

Dada la capacidad comunicativa de los cubanos, no sólo pude hablar libremente con muchos, sino que me facilitaron documentos fotocopiados y datos de primera mano. En este tiempo, a consecuencia de la situación precaria en todos los sentidos que vive la isla, sufrí una infección intestinal, hongos en los pies y una gripe vírica. Me curaron con remedios caseros y alguna medicina sacada de un secreto botiquín. Fui atendido maravillosamente,

* Teólogo. Madrid.

desde el obispo a la portera del obispado. Comí diariamente arroz y frijoles, apenas pude probar carne de res o pescado y estuve cerca del dintel de pasar hambre, pero disfruté, como en pocos sitios, de tertulias con seminaristas y sacerdotes en Holguín, novicias en la Habana, responsables en El Cobre y laicos en las Tunas. Al final de mis exposiciones vespertinas en el obispado del Holguín, a las que seguía siempre un vivo coloquio, los participantes eran obsequiados con dos galletas y un vasito de zumo de naranja. Yo esperaba esa dádiva con avidez y no sólo porque mi garganta estuviera reseca de tanto hablar.

Antes de llegar a La Habana me había formulado varias preguntas: ¿Por qué Cuba tiene tanta relevancia, siendo un país pequeño? ¿A qué se debió el triunfo de la revolución castrista? ¿Por qué razones ha entrado en crisis? ¿Tiene en su haber algunos logros? ¿Qué salidas tiene la situación actual? ¿Cómo está la Iglesia cubana después de la visita de Juan Pablo II?

La singularidad de Cuba

LA extraordinaria resonancia que tiene Cuba, un país menor, se debe —dicen algunos analistas— a factores geográficos, históricos, culturales y políticos. Es un «paraíso tropical» caribeño de hermosas playas, excelente clima y deliciosos frutos. Naturalmente, por encima de su naturaleza está el pueblo, que a todo español fascina. Con el café, la copa y el puro —dijó Pemán—, Cuba inventó la sobremesa. En la isla cubana se forjan, casi espontáneamente, poetas, dramaturgos, pintores y, sobre todo, músicos. Al pueblo cubano le caracteriza el mestizaje racial y cultural evolutivo. Se delata en cada voz, grito, canción y música y en la gama de colores del paisaje y de la piel de sus habitantes. El cubano es en general amable y emotivo, bullicioso y exagerado, exuberante y contradictorio. Es café negro y humo de tabaco sinuoso, caña dulce de azúcar transformada en aguardiente.

La isla de Cuba fue descubierta por Colón en su primer viaje, el 28 de octubre de 1492. Según se atribuye al mismo almirante, era «la tierra más hermosa que ojos humanos han visto». Su población aborigen desapareció a causa de las condiciones laborales impuestas por los españoles y de las enfermedades traídas por los conquistadores. En todo caso, aquella población se diluyó en sucesivos mestizajes hasta desaparecer completamente. La Habana, Estambul del Caribe, era en los s. XVI y XVII un gran puerto y una plaza estratégica de primer orden, paso entre España y América, puente entre la cultura anglosajo-

na y la caribeña y lugar de abastecimiento —por sus maderas y cobre— de la flota española. A finales del s. XVIII era la tercera ciudad de América, después de México y Lima, cuando Nueva York era una aldea desconocida. Al independizarse de España, cien años más tarde que las trece colonias norteamericanas (1783), el nivel económico de Cuba superaba al de la península ibérica. La isla caribeña mantuvo una buena relación con la Corona española porque la mitad de su población era de aquí o criolla, aunque con notable presencia de negros y «pardos», los dos tercios. Recordemos que entre 1820 y 1830 fueron llevados a la isla unos 400.000 esclavos negros. La esclavitud, que generó grandes fortunas, fue abolida en 1886.

Cuba ha recibido a lo largo de su historia tres influencias: la española durante cuatrocientos años, hasta 1898, de tipo cultural, católica y festiva, con una estructuración en clases sociales diferenciadas por sus títulos, honores y jerarquías, poco amante del trabajo manual considerado tarea de esclavos. La norteamericana dominadora, de talante social, protestante y técnica, que introdujo una democracia precaria de tipo burgués y que ha durado unos cincuenta años. La soviética, comunista y eslava, que apenas ha dejado rastro a lo largo de unos veinte años, hasta 1988. El hecho de haberse implantado allí una revolución socialista, de cuño marxista-leninista, y haberse encarado frente a Estados Unidos, logrando, según Castro, la primera y única independencia del país, son asimismo datos que ratifican la singularidad de Cuba.

El triunfo de la revolución

CUBA era en 1959 un país monoprodutor (80% en azúcar), monocultivador (52% de la tierra en caña), apenas industrializado, que exportaba tabaco, azúcar y café y que importaba turismo norteamericano. Las diferencias de sus clases sociales eran abrumadoras, con un 30% de analfabetos. Tenía seis millones de habitantes. Hoy son once en la isla, dos en el exilio (750.000 en Florida) y varios miles en el fondo del mar. Su cabaña era entonces de seis millones de reses, tan grande en número como la población misma.

Fulgencio Batista presidió una dictadura corrompida (1952-1959) y se erigió en dictador de por vida. El 1 de enero de 1959, mientras Batista huía nocturna y cobardemente, Fidel Castro entraba en la Habana a los 33 años de edad, aclamado como héroe libertador. Enrique Pérez Serantes, arzobispo de Santiago, dijo el 3 de enero de 1959 de Fidel Castro que era «hombre de dotes excepcionales». Con todo, la Iglesia se distanció pronto de la revolu-

ción castrista, quizás apresuradamente. Recordemos que no se había celebrado el Vaticano II, anunciado por Juan XXIII (el 26 de enero), días después del triunfo castrista. La Iglesia cubana de entonces, influida por religiosos y sacerdotes, en gran parte españoles, esperaba que se implantase de un modo u otro la nueva cristiandad, de acuerdo a la concepción eclesiocrática de Pío XII y de la curia romana. El 3 de octubre de 1960 el obispo auxiliar de la Habana Eduardo Boza criticó a Fidel Castro, basado en los indicios de implantación política de un sistema unipersonal, dictatorial y ateo. Naturalmente, tuvo que salir forzosamente del país. Curiosamente, entre 1961 y 1969 no hay apenas documentos episcopales en Cuba. Los obispos locales de la Iglesia entera no estaban acostumbrados a pensar y hablar por su cuenta. Desagraciadamente, los movimientos apostólicos se encontraban implantados en la isla precariamente. Únicamente había ciertos líderes en torno a congregaciones religiosas. Casi todos terminaron por huir.

Castro intentó transformar la sociedad de cabo a rabo frente a la pobreza, desigualdad y discriminación racial. Usó desde entonces con habilidad la televisión: es un comunicador nato. Hizo la reforma agraria con rapidez y nacionalizó sin compensaciones las grandes empresas, unos 60.000 negocios pequeños y la totalidad de los colegios privados, alrededor de 330. En mayo de 1961 se decidió que la enseñanza fuese únicamente estatal, y en 1968 se suprimió la propiedad privada. La expulsión o huida de sacerdotes extranjeros afectó al 75% del clero. Ya en septiembre de 1961 salieron de Cuba 131 sacerdotes y religiosos. Fueron suprimidas las fiestas religiosas. El partido comunista se constituyó en partido único y Castro asumió todos los cargos políticos y militares, con un liderazgo vitalicio. Los disidentes del sistema fueron encarcelados o huyeron. Hubo no pocos fusilamientos. Actualmente, según la Comisión Cubana de Derechos Humanos, hay en la isla 300 presos políticos, 70 de los cuales esperan juicio, pese a que el régimen no los reconoce como tales. En el s. XIX el católico inglés Lord Acton dijo aquella frase genial, tantas veces repetida: «El poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente».

El éxodo de cubanos a Estados Unidos, sobre todo a Miami, fue espectacular. Al principio eran blancos, muchos de ellos católicos preconciarios, con una sólida preparación cultural y profesional. Hubo quienes escaparon decepcionados de una revolución en la que habían participado activamente. Más tarde se exiliaron negros y blancos con una educación escasa, hartos de pasar hambre, como fue el caso de los «marielitos». Estados Unidos penalizó al régimen cubano y afianzó, indirectamente, a Castro. Dicho de otro modo, el embargo alimentó el patriotismo como «anti-americanismo» más

que como anticapitalismo, y sirvió de justificación a la mala administración castrista. La política de Estados Unidos no fue acertada: el embargo ha servido de poco.

La tensión continua con Estados Unidos ha exigido que el gobierno cubano disponga de unas Fuerzas Armadas Revolucionarias, excelentemente equipadas hasta hoy, con unos efectivos que rondan el 3% de la población, en tanto que se considera normal y suficiente el 0,4%. Bajo la férrea dirección de Raúl Castro, es un cuerpo militar fiel a Fidel. Su mantenimiento se logra mediante un trueque por azúcar y tabaco.

Se pueden observar tres fases en la revolución cubana: la popular (1959-1970), que corresponde a la primera efervescencia revolucionaria; la sostenida económicamente por la URSS hasta la caída del régimen soviético (1970-1988); y la verbal castrista, etapa de ratificación y de exaltación patriótica fidelista, hasta el día de hoy.

La crisis del sistema castrista

DESPUÉS de la caída de la URSS, Castro quedó solo y su economía se desplomó entre los años 1990 y 1993. Escaseó el petróleo barato (de 14 millones de toneladas se pasó a 4). El azúcar, que tenía un precio sobrevalorado, disminuyó en su producción y rentabilidad. En suma, se registró una caída de las importaciones en un 75%, en tanto que el PIB menguó en el 38%. Pero Fidel Castro no cayó de su pedestal y siguió en el poder gracias a su «voluntarismo carismático». Sigue siendo líder de una revolución popular y nacionalista masivamente deseada en sus inicios, hoy dilapidada, pero acumula parte de un gran capital político conseguido con la revolución.

A partir de 1990, con la caída de la URSS, comenzó el «período especial» de más austeridad y escasez. El pueblo tuvo que apretarse el cinturón. Se introdujo a cuentagotas un capitalismo controlado, que algunos llaman feudalismo. En realidad, Cuba no es un país subdesarrollado, sino empobrecido por un sistema económico que no funciona, en parte por presiones externas (ley de Helms-Burton) y en gran medida por una deficiente dirección económica. Hay dificultades para exportar productos, obtener créditos financieros, atraer inversiones y girar dinero desde Norteamérica. El socialismo soviético implantado en Cuba fracasó porque sacrificó libertades sin aumentar el bienestar. Para afrontar la nueva situación se ha fomentado el turismo. Hay actualmente instituciones y tiendas que negocian todo en

dólares. Evidentemente, los campesinos no venden la totalidad de sus cosechas al Estado, sino una cuota. Lentamente crece la pequeña empresa familiar (los «paladares», por ejemplo), en medio de oscilaciones gubernamentales desconcertantes.

Un episodio cruento, reflejo de un punto sin retorno de la revolución, fue el fusilamiento el 13 de julio de 1989 del general Arnaldo Ochoa (héroe de la intervención castrista en Africa) y de tres jefes militares más, episodio del que hay testimonio directo porque se televisó. Fueron acusados de tráfico de cocaína en connivencia con el capo colombiano Pablo Escobar. Recordemos que Ochoa había acumulado mucho prestigio y poder y era entonces, por sus simpatías con la perestroika y la glasnost, un posible recambio del régimen.

Diez años después de la caída de la URSS, el eslogan oficial es el mismo: «patria o muerte». Fidel sigue vaticinando la caída del capitalismo y el triunfo revolucionario, pero en su sistema no cambia nada. Cuba se encuentra entre un comunismo económicamente frustrado y un capitalismo subdesarrollado, con una economía de mercado apenas iniciada. Desde el punto de vista ético preocupa hondamente la desorientación moral personal y social: muchos ciudadanos no respetan las normas, viven una doble moral, no conocen la frontera entre lo lícito y lo ilícito y se apropian sin ningún rubor, siempre que pueden, de lo que pertenece al gobierno. Una versión degradada de la existencia es la prostitución de mujeres y hombres para acceder al ansiado dólar.

El régimen cubano es el último reducto del «socialismo real» en Occidente. Debido a su buena salud, Fidel Castro ha sobrevivido a nueve presidentes norteamericanos, pero está solo. Su legado es hoy más débil que hace diez, veinte o treinta años. Para muchos profesionales cubanos el balance castrista es totalmente insatisfactorio. La devaluación alcanza el 2.500%, se deteriora la educación porque faltan medios escolares y en la sanidad escasean medicinas e instrumentos clínicos. Falta casi todo pero todo se puede adquirir en tiendas donde se cotiza en dólares. Los coches norteamericanos anteriores a 1959 funcionan a base de reparaciones constantes, gracias al ingenio cubano. En el transporte se ven numerosas bicicletas chinas, bicitaxis hechos manualmente, tartanas tiradas por caballos renqueantes y autobuses viejos y desvencijados llamados «camellos» o «guaguas».

Parece evidente en Cuba la igualdad de clases, aunque se nivelan en la pobreza. El sueldo medio es de 200 pesos (10 dólares); oscila entre un máximo de 400 pesos (20 dólares) y un mínimo de 80 (4 dólares). Piénsese que un kilo de frijoles cuesta 8 pesos y un kilo de carne, 25. La proporción en los sueldos es de cinco veces más uno que otro. Se advierten tres sectores privi-

legiados: los dueños del sistema (alta clase política), los relacionados con el comercio exterior o el turismo y los turistas, con zonas acotadas privilegiadas, en donde no les falta de nada. Por el contrario, el racionamiento establece un bollito de pan diario por persona, entre 6 y 9 huevos al mes, así como 2 kgs. de arroz, 1 de pescado, 300 grs. de frijoles, un cuarto de litro de aceite cada seis meses, etc. Prácticamente, con eso se llega a mitad de mes. De ahí la preocupación y el ingenio del pueblo por «resolver», a saber, buscarse la vida. El 5 de agosto de 1994 se desencadenaron en las calles de La Habana protestas populares sin precedentes, resultado de una crisis aguda económica y migratoria. Muchos cubanos viven entre carencias y miedos.

Los logros de la revolución cubana

NO todos los cubanos de dentro y fuera comparten el mismo juicio respecto de los eventuales logros del régimen. Algunos no ven ninguno. Otros señalan dos: la enseñanza y la sanidad. Recordemos que en 1959 había en Cuba 4 universidades para clases medias y ricas y que hoy son 46, cifra superior a la media del Tercer Mundo. Del 30% de analfabetos se ha pasado al 4% o al 7%, según unas u otras fuentes. Reconozcamos que con un régimen capitalista se hubiesen conseguido esas mismas cifras o mayores. Cuba tenía antes de Castro un nivel cultural alto respecto de los países latinoamericanos. Hoy supera a muchas naciones latinoamericanas en profesionales universitarios, unos 600.000, con una enseñanza gratuita en su totalidad y un cierto nivel de investigación en alguna parcela concreta (medicina deportiva, por ejemplo).

En el área de la sanidad hay que destacar la baja tasa de mortalidad y la media de vida cifrada en 75 años, según datos oficiales, no siempre fiables. Hay en Cuba una notable mejora en la atención médica, asimismo gratuita. Es excelente el nivel profesional de los médicos, pero actualmente escasean medios vitales clínicos, como anestesia, jeringuillas, gasas, desinfectantes, etc. Notable es el fomento del deporte y sonados son los triunfos obtenidos en especialidades de alta competición.

Salidas a una situación insostenible

ANTE esta situación, una pequeña parte del pueblo sigue agradecida a la revolución, dada la nivelación social, el acce-

so a la cultura superior y la oferta de medicina y enseñanza gratuitas. Otra minoría está integrada en el sistema; se identifica con la revolución, es de algún modo cómplice y no desea cambios. Pero una buena parte de la población no es enemiga del régimen, ni admiradora. Vive de un modo fatalista al margen y lucha por su supervivencia. Los profesionales formados en la universidad o en centros superiores están en general en contra del régimen. Frente a 20.000 visados anuales de salida del país (sobre todo a Estados Unidos) hay 450.000 solicitudes. De hecho, no hay apertura política, ni reforma económica en profundidad. Según la conocida carta de los provinciales de los jesuitas (14.11.96), los peligros para muchos cubanos son la frustración de quienes creyeron en el marxismo, la idealización de la economía capitalista neoliberal y el subdesarrollo moral más que el económico.

Hay en Cuba notables contrastes: mientras todo está estatizado se privatizan poco a poco muchas cosas; se intenta reeducar a las prostitutas y se tolera, por motivos económicos, el turismo sexual; los cubanos de Miami eran ayer «gusanos», en tanto que hoy son cubanos en el extranjero; Cuba es un país anti-imperialista, pero su moneda fuerte es el dólar, hay tiendas ricas, en las que sólo se permite comprar en dólares y «bodegas» o tiendas pobres, en las que sobran estantes vacíos y sólo circula el peso devaluado. El sueño de una revolución murió hace tiempo.

Parece evidente que el castrismo durará lo que dure Castro. Es posible que después haya una lucha interna por el poder y que sobreviva la facción que triunfe (ojalá que incruentamente) con ayuda norteamericana. Ha aumentado considerablemente en los disidentes de Cuba y en los cubanos de Miami el número de los que creen necesario el levantamiento del embargo y esperan que surjan alternativas razonables, se respeten los derechos humanos, se prohíba la pena de muerte y se mantengan algunos logros obvios actuales. Dentro de estos parámetros se mueve la treintena de grupos de disidentes políticos, cuya voz de protesta se alza cuando se celebra en Cuba algún evento especial, como el de la IX Cumbre Iberoamericana (14-17 de noviembre de 1999). Muchos isleños quieren un cambio con Fidel o sin él, pero temen un baño de sangre y les horroriza la alternativa conservadora de Miami, la recuperación de bienes por sus antiguos propietarios y la pérdida de la enseñanza o sanidad gratuitas.

Cuando uno conoce de cerca el pueblo cubano advierte que no es violento; es sagaz y alegre y sabe sobrevivir. Los jóvenes influenciados por el Occidente capitalista sueñan con llegar a Estados Unidos; los demás esperan con paciencia, unos gramos de esperanza y una gran dosis de humor. No es fácil lograr una tercera vía de salida, que no sea ni castrismo ni anticastro-

mo. El tránsito de un régimen autoritario a uno democrático exige siempre valor, mesura, diálogo y reconciliación.

La situación religiosa

AUNQUE el pueblo cubano ha sido y es religioso por la doble herencia del catolicismo español y de las religiones africanas, la Iglesia católica no ha tenido una influencia decisiva desde la independencia del país. Al estar separada del Estado, no ha sido, sin embargo, mal vista por el pueblo. De hecho, algunos próceres políticos que han forjado la nación cubana profesaron la fe católica, como Carlos Manuel de Céspedes, Félix de Varela y el mismo Martí en su primera etapa. Pero la tendencia liberal se impuso a la católica restauracionista de la cristiandad. La influencia del clero y de los religiosos españoles en la Iglesia cubana, en general conservadora y escaso nivel teológico, junto a las pautas seguidas por los obispos, de acuerdo a las directrices de los papas «Píos», condujeron a crear una jerarquía cubana preconiliar que no supo afrontar el reto de la revolución castrista. Sobraba en aquella Iglesia sacramentalismo ritual y faltaba coraje evangélico social. El hecho es que la Iglesia cubana quedó diezmada en la década de los sesenta por las decisiones drásticas de la revolución castrista: se redujo el clero al 25%, se exiliaron muchos líderes católicos, los templos se vaciaron, se suprimieron las instituciones católicas y el régimen hizo suyos los colegios, en su gran mayoría elitistas, con un alumnado perteneciente a las clases sociales medias o altas.

El resurgir de la fe católica ha sido lento pero ascendente. Ayudó al principio más el Vaticano II que Medellín, la teología romana que la teología de la liberación, y las iniciativas de los nuncios que las del clero o el laicado. El crecimiento religioso se ha beneficiado de la nueva actitud de la revolución castrista frente al factor religioso y ha sido auspiciado por el testimonio de católicos convencidos. La Iglesia cubana despertó en la década de los ochenta, veinticinco años después de la revolución. La **Reflexión Eclesial Cubana** (REC), hecha con modestia y viveza por parroquias y diócesis, desembocó en el **Encuentro Nacional Eclesial** (ENEC), que propició una «nueva Iglesia» encarnada, celebrante, evangelizadora y abierta al diálogo. Factor decisivo ha sido la visita de Juan Pablo II a Cuba, del 21 al 25 de enero de 1998, que despertó un sentimiento religioso colectivo. Se constató en la **XVII Reunión Interamericana de Obispos**, que tuvo lugar en Cuba en febrero de 1999.

La Iglesia católica de Cuba es la única institución no gubernamental con una presencia privilegiada en la sociedad. Se advierte en ella un paternalismo inmovilista, heredero de una formación religiosa del pasado, que no fomentó suficientemente la responsabilidad, la libertad y el compromiso. De otra parte, es una Iglesia deudora excesivamente del exterior, sea en forma de directrices romanas, vocaciones sacerdotales o ayudas económicas. Mira demasiado hacia fuera o hacia arriba, con el peligro de desestimar lo que hay alrededor o debajo. Ha iniciado tímidamente el diálogo, absolutamente necesario entre cristianos viejos y nuevos, católicos de la isla y de Miami, Iglesia-institución y pueblo de Dios, pobreza y dádiva, permanencia en el país y tentación del éxodo, acercamiento al gobierno y rechazo o condena.

Lo cierto es que hay conversiones de jóvenes, acercamiento a la Iglesia de gente alejada y crecimiento de los que participan en la eucaristía dominical, donde se participa, contesta y canta con energía y decisión. Hay un manifiesto interés por el catecumenado, el testimonio y la reconciliación en todas sus dimensiones. Muchos católicos cubanos actúan evangélicamente en la práctica con un teología conservadora escasamente conciliar, al revés que nosotros. Les preocupa saber qué significa ser cristiano en una sociedad oficialmente atea. Las parroquias cubanas, por el número reducido de sus feligreses, son en la práctica comunidades eclesiales de base. Después de la visita del papa han podido entrar en Cuba medio centenar de sacerdotes. Ahora son en toda la isla unos 300. Del 60% de los que actualmente están bautizados toman parte en la eucaristía dominical el 3%. En una palabra, aunque hay señales de un cierto estancamiento, se advierte en la Iglesia católica de Cuba una renovación cristiana sin precedentes.